Editorial

Dos insignes promotores de la historia y del desarrollo de los archivos en Costa Rica

Durante el primer semestre del año 2000, los costarricenses lamentamos la pérdida de dos de los más destacados historiadores nacionales del siglo XX: don Rafael Obregón Loría y don Carlos Meléndez Chaverri, fallecidos en abril y en junio respectivamente. Al dedicarles este número de la Revista del Archivo Nacional, además de satisfacer un deber que en justicia tenemos hacia ellos, nos hacemos intérpretes del aprecio y amistad sinceros a que se hicieron acreedores por parte no sólo de los amantes de la historia y de la investigación documental, sino también de quienes nos preocupamos por el fortalecimiento de los archivos en el país, pues ambos fueron colaboradores entusiastas y desinteresados del Archivo Nacional por muchos años.

El Profesor Rafael Obregón Loría fue sin duda, uno de los más brillantes y dedicados educadores del país en el siglo que termina. Hijo de un educador y casado con una educadora, su vida entera estuvo vinculada a la enseñanza. Amaba la docencia, que para él era la oportunidad de servir a sus semejantes, especialmente a la juventud, al transmitir y comunicar sus amplios conocimientos y los valores cívicos y morales en que creía. Fue un profesor bondadoso, ansioso por compartir con total generosidad sus conocimientos.

Su autorizado y elocuente uso de la palabra le permitía combinar la profundidad de su sabiduría con la amenidad de la exposición y la capacidad de recrear el contexto de los hechos históricos en todas sus circunstancias. El resultado era despertar en sus alumnos y oyentes no sólo el interés por la materia histórica, sino la admiración por el trasfondo humano, moral y filosófico que encierran los episodios clave de nuestra historia nacional, especialmente los valores republicanos que prevalecían en el siglo XIX, quizás el período de nuestra historia que más admiraba. Como pocos, supo don Rafael hacer del estudio y la enseñanza de la historia una fuente de civismo, pues como él mismo decía: "el civismo es ese cariño a la patria que conocemos". Esa fue la clave de su admirable proyección hacia sus conciudadanos: "si queremos integrarnos bien al país, debemos comenzar por querer nuestra tierra y admirar nuestros hombres y nuestros hechos".

Inició su carrera en la enseñanza en los Colegios Superior de Señoritas y de Sión, y en el Liceo de Costa Rica, y posteriormente impartió lecciones en el Assumption College, dependiente de la Western University de Ontario, en Canadá. En 1946 fue llamado como profesor a la Universidad de Costa Rica, entidad creada pocos años antes, y allí continuó prestando sus servicios hasta 1981, habiendo superado con creces la edad de pensionarse.

Tomó parte en la importante Reforma Universitaria de 1959, que creó el Departamento de Historia y Geografía, del que fue Subdirector hasta 1966, y al

convertirse dicha unidad en la Escuela de Historia y Geografía en 1973, fungió como su Director hasta 1975, volviendo a desempeñarse como Subdirector de la misma desde 1979 hasta su retiro.

Desde esas posiciones, brindó su fundamental aporte en la organización del estudio de la historia en el nivel profesional en nuestro país. Promovió siempre la idea de que los alumnos de historia deben realizar investigación en los archivos, único medio de adquirir el conocimiento profundo de esa disciplina. Dirigió e incentivó la ejecución de docenas de tesis e investigaciones. Y apoyó incansablemente a alumnos y profesores que podían recibir becas para perfeccionar sus conocimientos en el exterior, así como la venida de profesores del extranjero.

También su labor en la investigación histórica fue sobresaliente. Autor de más de treinta libros y trabajos históricos, en todos ellos brilla el amor por nuestro país y por sus raíces. Don Rafael investigó temas en su mayoría inéditos hasta que él los trató: la francmasonería en Costa Rica, los hechos militares, la historia política (especialmente del siglo XIX), biografías de grandes ciudadanos, y más recientemente, las raíces familiares de Alajuela. En estos trabajos reunió datos provenientes de fuentes orales e impresas, y desde luego realizó profundas investigaciones en los archivos del país. En 1955 y 1956, por encargo especial de la Universidad de Costa Rica, recopiló en el Archivo Nacional de Costa Rica toda la información posible sobre la Campaña Nacional, lo que le permitió escribir uno de sus libros preferidos, dando a conocer, como él decía, el punto de vista costarricense sobre la Guerra de 1856. Y en sus últimos años el Museo Histórico Cultural Juan Santamaría publicó en 7 volúmenes, el producto de su vastísima investigación sobre la genealogía de las familias alajuelenses de 1790 - 1900, realizada durante 19 años en los archivos parroquiales de esa provincia.

Humanista, verdadero filántropo, don Rafael colaboró desinteresadamente con numerosas instituciones dedicadas al bien público, como la Gran Logia Masónica de Costa Rica (de la que fue Gran Maestro en diez oportunidades, y cuyo museo formó) y el ya mencionado Museo Histórico Cultural Juan Santamaría. También fue un colaborador asiduo del Archivo Nacional, no sólo cuando integró su Junta Administrativa (de la que fue Presidente), sino en todo momento, pues siempre se solicitaba su oportuna orientación para dilucidar complejos enigmas de nuestro pasado.

No menos destacada fue la trayectoria intelectual y académica del Dr. Carlos Meléndez Chaverri. Fue uno de los más grandes eruditos costarricenses del siglo XX. Dedicó su vida íntegramente a acercarse a la verdad desde el campo de la historia, destinando a ese propósito sus energías y su talento, con inclaudicable voluntad. No sólo sobresalía por la amplitud y profundidad de sus conocimientos, sino también por la extraordinaria diversidad de sus intereses, que lo facultaba para brindar la más certera orientación a quienes deseaban investigar temas del área de la historia y de muchos otros campos del saber humanístico.

Como manifestación tangible de su anhelo de conocer, don Carlos comenzó a reunir desde su juventud la que llegaría a ser probablemente la más rica biblioteca particular del país, y sin duda la mejor en el campo de la historia de Costa Rica y de Centroamérica. Con una percepción iluminada por el contacto cotidiano con la dimensión eterna de la historia, recopiló y atesoró libros, folletos, publicaciones periódicas y hasta documentos esenciales para el conocimiento de nuestra trayectoria histórica, pero que para muchos no pasaban de ser materiales de desecho, salvándolos así del abandono y la destrucción. Cerca de 20.000 volúmenes, muchos de ellos rarísimos o únicos, integran esta magnífica colección, que también comprende obras sobre historia de España, antropología, folklore e historia universal. Su desvelo por rescatar las fuentes históricas también lo llevó a dirigir la reimpresión facsimilar de los primeros periódicos y de folletos de interés sobresaliente para la historia de Costa Rica.

Don Carlos se destacó especialmente en la investigación y la difusión de la historia colonial de Costa Rica y Centroamérica, campos en los que posiblemente fue el mejor especialista costarricense del siglo XX. Incansable en su afán de conocer el prolongado período colonial de nuestro pasado, donde siempre sostuvo que se encuentran las raíces profundas de nuestra identidad nacional, fue autor de estudios esclarecedores sobre esa materia. Su acuciosidad como investigador lo llevó a realizar, como él decía, verdaderas tareas de "arqueología histórica", en sentido literal como por ejemplo cuando determinó el asentamiento original de la Ciudad del Lodo, o bien en un sentido más general, al localizar en el Archivo Nacional, los 100 ejemplares dispersos de la primera publicación periódica del país: "Relación de los Negocios".

Su labor historiográfica se caracterizó por su amplitud y diversidad (publicó más de 30 libros y 100 artículos especializados), y por la originalidad de los temas cubiertos. Este último rasgo fue evidente desde su primera investigación, la biografía del Dr. José María Montealegre, que aclaró la figura de un hombre controversial y su drama histórico, en el contexto de un período poco conocido hasta ese momento. También de gran originalidad fue el libro "El negro en Costa Rica" (escrito conjuntamente con Quince Duncan), obra precursora en el tratamiento de la historia y la identidad de la región atlántica del país, y en general de la aportación de la raza negra en la cultura del país; y "La ilustración en el Antiguo Reino de Guatemala", fruto de una minuciosa investigación documental efectuada en la ciudad de Guatemala, donde recopiló y analizó el trasfondo filosófico del movimiento independentista, tema recogido por el autor en años recientes en un amplio estudio sobre la Independencia en Centroamérica.

En su esfuerzo interpretativo, don Carlos conjugó aspectos de todas las áreas de la acción humana, y sostenía la importancia que debe darse por igual a todas las especialidades de la historia, resaltando que éstas se complementan entre sí. Para él, el estudio de la historia debía llevar a un conocimiento profundo de los hombres del pasado, y a "empaparse de sus valores", partiendo siempre de la base de una cuidadosa investigación de las fuentes documentales e impresas. Fue asiduo visitante de los archivos de nuestro país (no sólo del Archivo Nacional sino también

de los eclesiásticos, donde realizó una profunda investigación para su libro "Conquistadores y Pobladores"), así como de otros países cuando tuvo oportunidad para ello: el caso ya citado en Guatemala y también en España, donde en dos ocasiones (la primera como becario de la Fundación Ford, y años después como Embajador de Costa Rica en ese país) realizó investigaciones en el Archivo General de Indias, en el Archivo Histórico Nacional, y en la Biblioteca Colombina de Sevilla.

Su afán comunicativo estuvo siempre presente en todas sus actividades. Como investigador, brindó con generosidad asesoramiento, e incluso facilitó documentación importante a quienes solicitaron su ayuda. En su obra escrita se refleja el cuidado por lograr una prosa fluida y agradable, para que sus libros fuesen realmente un medio ágil de comunicación con el lector. Y como profesor, fue siempre un modelo por su actividad docente ordenada, metódica y enriquecedora para todos sus alumnos.

Sus pasos en la docencia los inició como profesor en el Liceo de Heredia y en la Escuela Normal, y como primer Director del Liceo Nocturno Alfredo González Flores, también en esa ciudad. Desde 1958 se desempeñó como profesor en la Universidad de Costa Rica, donde brindó sus servicios hasta su retiro en 1986. Fue profesor de muchas materias, entre ellas historia colonial e historia de España; Director del Departamento de Historia y Geografía desde 1966 hasta 1969; y posteriormente Director del Centro de Investigaciones Históricas, posición desde la que incentivó uno de los proyectos en que tenía más interés: una historia general de Costa Rica de gran rigurosidad y amplitud, que en su criterio esa casa de estudios debía dar al país.

Verdadero amante de la historia nacional y del patrimonio tangible e intangible que nos identifica como costarricenses, proyectó sus actividades más allá de las aulas universitarias. Su deseo de incentivar la valoración del patrimonio nacional lo llevó a realizar una obra notable cuando en su juventud se desempeñó como Jefe de la Sección del Antropología e Historia del Museo Nacional. Sentía un profundo cariño por su ciudad y provincia natales, que puso de manifiesto al escribir con afectividad y erudición sobre la historia de Heredia, y defender con vehemencia la adecuada conservación de su patrimonio arquitectónico, artístico y cultural. Fue un entusiasta colaborador de la Academia de Geografía e Historia de Costa Rica, del Instituto Panamericano de Geografía e Historia y de la Comisión Nacional de Conmemoraciones Históricas, entre otras entidades; y fue un cercano y verdadero amigo del Archivo Nacional, como miembro y Presidente de su Junta Administrativa, como presidente de su Comisión Editorial hasta su muerte, y sobre todo, como eficaz colaborador de todos nuestros proyectos.

Al margen de las numerosas distinciones a que se hicieron acreedores, don Carlos y don Rafael se abrieron un lugar permanente en el recuerdo y el aprecio de todos los costarricenses. Amaron su Patria, y trabajaron con desvelo para comprender y dar a conocer su pasado, con la seguridad de que tanto mayor sea la apropiación

que tengan las generaciones presentes de su historia, tanto más capacitadas estarán para trabajar por un futuro mejor, cimentado en la grandeza de los valores cívicos y espirituales que dieron sus rasgos propios a nuestra Nación.

Como pocos, entendieron la trascendencia de la labor de los archivistas. Dieron todo su apoyo a los archivos costarricenses, no sólo al colaborar con nuestras actividades en innumerables ocasiones, sino especialmente al ayudar a que sectores mayoritarios de la sociedad costarricense, familiarizándose con nuestro pasado, adquieran la esclarecedora visión de lo humano que puede obtenerse de una inteligente interrogación del pasado. La vida y la obra de estos dos grandes costarricenses están ya escritas con letras de fuego en nuestras consciencias, como ejemplo de un esfuerzo nunca interrumpido hacia la luz.

Virginia Chacón Arias
Directora General
Archivo Nacional de Costa Rica.